

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum  Non praevalent

Año LIV, número 21 (2.770)

Ciudad del Vaticano

27 de mayo de 2022

Basta con la circulación indiscriminada de las armas

Con el corazón desgarrado por la masacre en la escuela primaria de Texas, el Pontífice reza por los niños y adultos asesinados y por sus familias



Un texto de Papa Francisco Mistero y compasión del contar

Publicamos el epílogo del Papa Francisco al libro "El tejido del mundo. Diálogo a varias voces con los grandes protagonistas de la cultura sobre el relato como vía de salvación" editado por la LEV y Salani. Editado por Andrea Monda, el volumen, desde hoy en las librerías, recoge las voces de grandes protagonistas de la cultura sobre el tema crucial del relato porque — como escribe el Papa Francisco — «en medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura».

«Las historias que contamos y re-contamos y que transmitimos los unos a los otros son tiendas bajo las cuales reunirse, estandartes para seguir en la batalla, cuerdas indestructibles para conectar a los vivos y los muertos, y el entretrejo de estas vastas tramas a través de los siglos y las culturas nos une con fuerza unos a otros y a la historia, guiándonos a través de las generaciones».

Así escribe Donna Tartt después de haber leído este volumen que recoge las reflexiones de 44 escritores, artistas, teólogos y periodistas sobre el tema del relato. La novelista estadounidense capta con agudeza uno de los puntos en los que convergen muchos de los autores de este libro: el relato como "tejido", hecho de "cuerdas indestructibles" que conecta todo y a todos, presente y pasado, y permite abrirse hacia el futuro con sentimientos de confianza y de esperanza. Este aspecto del *textum* (en latín para indicar tejido, de donde procede el español texto) estuvo en el centro de mi Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones del año 2020 que fue como la chispa que generó todas las demás reflexiones aquí recogidas. De hecho, desde febrero a octubre de 2020, en las páginas de L'Osservatore Romano, fueron publicados estos textos "provocados" por la lectura de mi Mensaje. Luego se me pidió que agregara una conclusión final para terminar esta rica y hermosa serie que ya había leído con gran placer a medida que se desarrollaba a lo largo de los meses. Por lo tanto, acepté con gusto, siempre que no se considere "final" un poco porque, como dice Frodo, el protagonista de El Señor de los Anillos de Tolkien, «los relatos nunca terminan» y luego porque un aspecto muy hermoso de este libro es precisamente el sentido de apertura, de circularidad, de diálogo.

Antes de volver al tema del "contenido", me gustaría detenerme brevemente en el "método" de este volumen: al principio hay un mensaje que se lanza; este mensaje se comparte y se ofrece a la atención de algunas personas que se dejan cuestionar y enriquecen ese mensaje con su aportación; el autor del mensaje lee todas estas contribuciones y relanza una nueva reflexión más rica que la inicial gracias a la aportación de todos; finalmente, el lector de este libro entrará en este diálogo y lo continuará en su vida diaria. Aquí están las "tiendas bajo las cuales reunirse" de las que habla Tartt, aquí está el entretrejo que "nos une con fuerza" incluso a través de las generaciones.

Todo esto dice mucho. Y dice en particular que en las historias lo que cuenta obviamente es el decir, pero quizás aún más escuchar. Este libro es el resumen de un diálogo que no termina en la última página y, como diálogo, tiene su corazón en la escucha. También silencioso. En estas páginas sobre el relato se siente con fuerza la presencia del silencio. Desde este punto de vista es importante que también haya un ensayo, me refiero al texto "Tú hablas también cuando callas" de Massimo Grilli, dedicado directamente al silencio. Casi un contrapunto, un contraste, tan esencial como el tema principal interpretado por el resto de la orquesta. Palabra y silencio, juntos.

Y aquí quiero volver a los aspectos de contenido para destacar, entre los muchos posibles (la colección es preciosa precisamente por la libertad y variedad de enfoques y puntos de vista), tres temas que me parecen los más recurrentes: el primero ya lo he subrayado, el contar historias como "tejer"; el segundo se esconde dentro de la referencia al silencio, y es el tema del "misterio", el tercero es el tema de la "compasión". Sobre el primero, como ya he dicho, el tejer, es quizás

EN ESTE NÚMERO

Audiencia al capítulo general de los Hermanos de las escuelas cristianas

Fraternidad y cuidado de la casa común: los dos grandes desafíos de nuestro tiempo

PÁGINA 3

Entrevista con el arzobispo secretario para las relaciones con los estados al finalizar su misión en Ucrania

Gallagher: «He encontrado un pueblo herido y valiente»

PÁGINA 5

El Pontífice a la comunidad de «Familia Cristiana» por los noventa años de la revista

Comunicar con el estilo del diálogo y de la escucha

PÁGINA 6

De la Policía de Estado al convento de las Apostolinas

La pistola cargada con salvación

VALENTINA ANGELUCCI
Y GIUDITTA BONSANGUE EN PÁGINA 7

En recuerdo del entonces arzobispo de la capital argentina

A 10 años del último Tedeum de Bergoglio en Buenos Aires

MARCELO FIGUEROA EN PÁGINA 8

CATEQUESIS DEL MIÉRCOLES: • Página 8

Videomensaje del Papa a los participantes de la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión de América Latina

Reaprender a caminar juntos

«Nada hay más peligroso para la sinodalidad que pensar que ya lo entendemos todo, que ya lo controlamos todo». Es la advertencia del Papa en el videomensaje enviado a los participantes de la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL), que se celebra del 24 al 27 de mayo. Publicamos a continuación el texto del videomensaje.

Queridos hermanos:

Me alegra que los miembros de la Pontificia Comisión para América Latina se puedan reunir en plenaria luego de la prolongada pausa que ha causado la pandemia. Antes de que fuese convocado el Sínodo sobre la sinodalidad en la Iglesia era mi deseo que ustedes pudieran reunirse para dialogar en torno a este tema ya que la experiencia de la Iglesia en América Latina se ha expresado, después del Concilio Vaticano II, con algunos elementos marcadamente sinodales. No pretendo en modo alguno hacer aquí un recuento exhaustivo sobre este tema. Simplemente, a modo de ejemplo, pensemos que «comunidad» y «participación», fueron las categorías-clave para la comprensión y puesta en práctica de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Puebla. Por su parte, «conversión pastoral» fue un concepto relevante en la IV Conferencia General en Santo Domingo, y posteriormente, adquiriría aún más centralidad en la V

Conferencia General en Aparecida. Más allá de los documentos, es la misma realidad pastoral de la Iglesia latinoamericana la que me anima a pensar en ella como una experiencia en la que la sinodalidad echó raíces desde hace tiempo, y en la que, sin embargo, hace falta que seamos más conscientes de nuestros límites para así poder madurar y dar frutos evangélicos en este camino. Que no es un camino nuevo. Es un camino que la Iglesia tuvo al inicio y después perdió y fue san Pablo VI quien lo puso en marcha al final del Concilio cuando creó la Secretaría para el Sínodo de Obispos, recuperar la sinodalidad. Que en las Iglesias orientales siempre se conservó, la Iglesia latina lo había perdido. Estamos comenzando a explicitar un proceso. Como niños pequeños damos pasos cortos y torpes. De repente, sentimos que nuestros pasitos sinodales son el «gran kairós», pero más pronto que tarde descubriremos nuestra pequeñez y descubriremos la necesidad de una mayor conversión personal y pastoral. Que sigue siendo una de los *leitmotiv*, la conversión personal y pastoral. Estoy convencido de que, de una manera adelantada, la Iglesia en América Latina y el Caribe, ha hecho «camino al andar», es decir, ha mostrado que una recta interpretación de las enseñanzas conciliares, impli-

SIGUE EN LA PÁGINA 6

SIGUE EN LA PÁGINA 3

La invitación del Papa en el Regina coeli

Apagar conflictos con gestos de paz

Al inicio de la «Semana Laudato si'» el llamamiento a escuchar el grito de la Tierra

«Aprendamos a decir cada día: "Señor, dame tu paz, dame el Espíritu Santo". Es una hermosa oración... Y pidámoslo también para quienes viven junto a nosotros, para quienes encontramos todos los días y para los responsables de las naciones». El Papa Francisco exhortó a los fieles presentes en la plaza de San Pedro a repetir la invocación de paz durante el Regina coeli recitado desde la ventana del Estudio privado del palacio apostólico vaticano a medio día del 22 de mayo. Esta es su meditación inspirada en el Evangelio dominical.

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! En el Evangelio de la Liturgia de hoy, Jesús, despidiéndose de sus discípulos durante la última cena, dice, casi como en una especie de testamento: «Les dejo la paz». Y enseguida añade: «Les doy mi paz» (Jn 14,27). Detengámonos en estas breves frases.

En primer lugar, les dejo la paz. Jesús se despide con palabras que expresan afecto y serenidad, pero lo hace en un momento que no es precisamente sereno: Judas ha salido para traicionarlo, Pedro está a punto de negarlo y casi todos lo abandonarán. El Señor lo sabe, y con todo no reprocha, no usa palabras severas, no pronuncia discursos duros. En vez de mostrar agitación, permanece afable hasta el final. Un proverbio dice que se muere como se ha vivido. Las últimas horas de Jesús son, en efecto, como la esencia de toda su vida. Experimenta miedo y dolor, pero no deja espacio al resentimiento y a la protesta. No se deja llevar por la amargura, no se desahoga, no se muestra incapaz de soportar. Está en paz, una paz que proviene de su corazón manso, habitado por la confianza. Y de ahí surge la paz que Jesús nos deja. Porque no se puede dejar la paz a los demás si uno no la tiene en sí mismo. No se puede

dar paz si no se está en paz. Les dejo la paz: Jesús demuestra que la mansedumbre es posible. Él la ha encarnado precisamente en el momento más difícil; y desea que también nos comportemos así nosotros, que somos los herederos de su paz. Nos quiere mansos, abiertos, disponibles para escuchar, capaces de aplacar las disputas y tejer concordia. Esto es dar testimonio de Jesús, y vale más que mil palabras y que muchos

Cuanto más sentimos que el corazón está agitado, cuanto más advertimos en nuestro interior nerviosismo, intolerancia, rabia, más debemos pedir al Señor el Espíritu de la paz

sermones. El testimonio de la paz. Preguntémosnos si, en los lugares en los que vivimos, nosotros, los discípulos de Jesús, nos comportamos así: ¿Aliviamos las tensiones, apagamos los conflictos? ¿Tenemos una mala relación con alguien, estamos siempre preparados para reaccionar, para estallar, o sabemos responder con la no violencia? ¿Sabemos responder con palabras y gestos de paz? ¿Cómo reacciono yo? Que cada uno se lo pregunte. Ciertamente, esta mansedumbre no es fácil: ¡Qué difícil es, a todos los niveles, desactivar los con-

flictos! Aquí viene en nuestra ayuda la segunda frase de Jesús: Les doy mi paz. Jesús sabe que nosotros solos no somos capaces de custodiar la paz, que necesitamos una ayuda, un don. La paz, que es nuestro compromiso, es ante todo don de Dios. En efecto, Jesús dice: «Les doy mi paz, pero no como la da el mundo» (v. 27). ¿Qué es esta paz que el mundo no conoce y que el Señor nos dona? Esta paz es el Espíritu Santo, el mismo Espíritu de Jesús. Es la presencia de Dios en nosotros, es la "fuerza de paz" de Dios. Es Él, el Espíritu Santo, quien desarma el corazón y lo llena de serenidad. Es Él, el Espíritu Santo, quien deshace las rigideces y apaga la tenta-

ción de agredir a los demás. Es Él, el Espíritu Santo, quien nos recuerda que junto a nosotros hay hermanos y hermanas, no obstáculos y adversarios. Es Él, el Espíritu Santo, quien nos da la fuerza para perdonar, para recomenzar, para volver a partir, porque con nuestras propias fuerzas no podemos. Y con Él, con el Espíritu Santo, nos transformamos en hombres y mujeres de paz.

Queridos hermanos y hermanas, ningún pecado, ningún fracaso, ningún rencor debe desanimarnos a la hora de pedir con insistencia el don del Espíritu Santo que nos da la paz. Cuanto más sentimos que el corazón está agitado, cuanto más advertimos en nuestro interior nerviosismo, intolerancia, rabia, más debemos pedir al Señor el Espíritu de la paz. Aprendamos a decir cada día: "Señor, dame tu paz, dame el Espíritu Santo". Es una hermosa oración; ¿la decimos juntos?: "Señor, dame tu paz, dame el Espíritu Santo". No he oído bien, otra vez: "Señor, dame tu paz, dame el Espíritu Santo".

Y pidámoslo también para quienes viven junto a nosotros, para quienes encontramos todos los días y para los responsables de las naciones. Que la Virgen nos ayude a acoger al Espíritu Santo para ser constructores de paz.

Después del Regina coeli el Pontífice recordó la beatificación en Lyon de Paulina María Jaricot, la «Semana Laudato si'», que se abrió ese mismo día, y la memoria litúrgica de la beata Virgen María Auxilio de los cristianos, que se celebra el martes 24. Al hacerlo, aseguró «cercanía espiritual» a los católicos en China, que la veneran como su patrona. Finalmente el Papa saludó a los grupos presentes, entre los cuales los participantes de la manifestación "Elijamos la Vida",



que se celebró en Roma «en defensa de la objeción de conciencia, cuyo ejercicio se intenta limitar a menudo».

Queridos hermanos y hermanas: Esta tarde, en Lyon, será beatificada Pauline Marie Jaricot, fundadora de la Obra de la Propagación de la Fe, para el sostenimiento de las misiones. Esta fiel laica, que vivió en la primera mitad del siglo XIX,

a las numerosas organizaciones participantes, e invito a todos a tomar parte. El próximo martes se celebra la Memoria de la Santísima Virgen María Auxilio de los Cristianos, especialmente querida por los católicos de China, que veneran a la Auxiliadora como su Patrona en el Santuario de Sheshan, en Shanghai, en numerosas iglesias del país y en sus hogares. Esta feliz

Los invito a unirse a esta oración, para que la Iglesia en China, en libertad y tranquilidad, pueda vivir en comunión efectiva con la Iglesia universal y ejercitar su misión de anuncio del Evangelio a todos

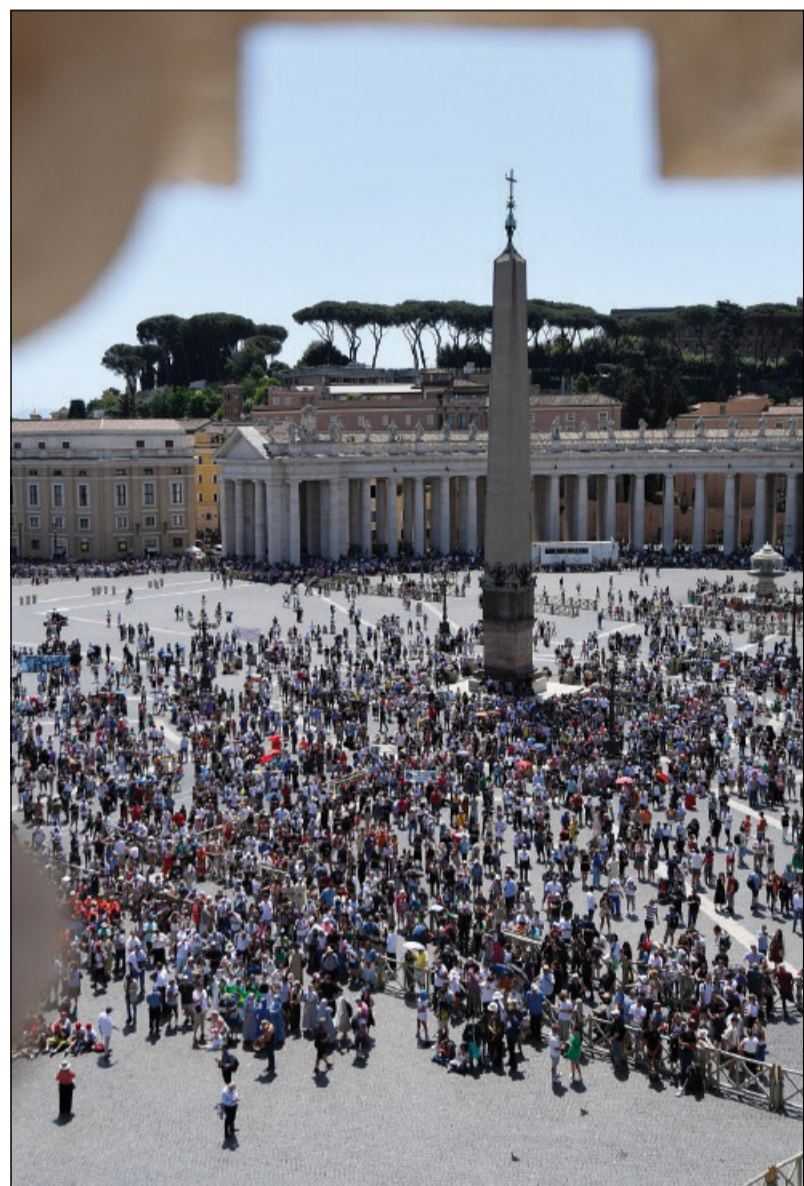
fue una mujer valiente, atenta a los cambios de los tiempos y con una visión universal de la misión de la Iglesia. Que su ejemplo suscite en todos el deseo de participar, con la oración y la caridad, en la difusión del Evangelio en el mundo. ¡Un aplauso para la nueva Beata! Hoy comienza la Semana Laudato si', para escuchar cada vez con más atención el grito de la Tierra, que nos urge a actuar juntos para cuidar nuestra casa común. Doy las gracias al Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y

circunstancia me ofrece la ocasión para renovarles la seguridad de mi cercanía espiritual; sigo con atención y participación la vida y las vicisitudes de los fieles y los pastores, a menudo complejas, y rezo por ellos cada día. Los invito a unirse a esta oración, para que la Iglesia en China, en libertad y tranquilidad, pueda vivir en comunión efectiva con la Iglesia universal y ejercitar su misión de anuncio del Evangelio a todos, ofreciendo así también una contribución positiva al progreso espiritual y material de la sociedad.

Y saludo a todos, romanos y peregrinos de Italia y de muchos países. En particular, saludo a los fieles de España, Portugal, Francia, Bélgica, Polonia y Puerto Rico; a los sacerdotes de Ecuador; a la comunidad Emaús de Foggia; a los voluntarios del Soccorso di Saint-Pierre (Aosta), a los estudiantes de Verona y a los jóvenes de Sombreno, diócesis de Bérgamo.

Saludo a cuantos han participado en Roma en el evento nacional "Elijamos la vida". Les agradezco su compromiso en favor de la vida y en defensa de la objeción de conciencia, cuyo ejercicio se intenta limitar a menudo. Por desgracia, en los últimos años se ha producido un cambio en la mentalidad común, y hoy en día nos inclinamos cada vez más a pensar que la vida es un bien a nuestra total disposición, que podemos elegir manipular, hacer nacer o morir a nuestro gusto, como resultado exclusivo de una elección individual. ¡Recordemos que la vida es un don de Dios! Siempre es sagrada e inviolable, y no podemos silenciar la voz de la conciencia. ¡Feliz domingo a todos! Por favor, no se olviden de rezar por mí.

Buen almuerzo y hasta pronto.



Audiencia al capítulo general de los Hermanos de las escuelas cristianas

Fraternidad y cuidado de la casa común: los dos grandes desafíos de nuestro tiempo

Los dos grandes desafíos de nuestro tiempo – el de la fraternidad y el del cuidado de la casa común – «no pueden encontrar respuesta si no es a través de la educación». Lo dijo la mañana del 21 de mayo el Papa en la Sala del Consistorio durante la audiencia a los participantes del 46º capítulo general de los Hermanos de las escuelas cristianas, recordando la rica tradición pedagógica y reiterando la necesidad de un nuevo pacto educativo global. Estas son las palabras del Pontífice.



¡Queridos hermanos, buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al Superior General por sus palabras, también por el “Lolo Kiko” [saludo filipino: “abuelo Francisco”], y les deseo lo mejor a él y a su consejo. Estoy contento de encontraros con ocasión de vuestro 46º Capítulo General, que tiene por tema “Construir nuevos caminos para transformar vidas”. Es bonito entender el Capítulo así, caminando, como una obra de construcción de nuevos caminos, que conduzcan al encuentro con los hermanos, especialmente a los más pobres. Pero nosotros sabemos que el “Camino”, el camino verdaderamente nuevo, es Jesucristo: siguiéndole a Él, caminando con Él, nuestra vida es transformada, y nos convertimos a su vez en levadura, sal, luz.

Para vosotros, según el carisma de San Juan Bautista de la Salle, estos “nuevos caminos” son sobre todo recorridos de educación, para realizar en las escuelas, en los colegios, en las universidades que lleváis adelante en cerca de 100 países en los cuales estáis presentes. ¡Una bonita responsabilidad! Doy gracias al Se-

ñor con vosotros, porque el trabajo educativo es un gran don antes que nadie para quien lo realiza: ¡es un trabajo que pide mucho, pero que da mucho! La relación constante con los educadores, con los padres, y especialmente con los chicos y los jóvenes es una fuente siempre viva de humanidad, aun con todas las fatigas y las problemáticas que conlleva.

En esta relación, en este camino que hacéis con ellos, vosotros ofrecéis los valores de vuestra rica tradición pedagógica: educáis en la responsabilidad, en la creatividad, en la convivencia, en la justicia, en la paz; educáis en la vida interior, a estar abiertos al trascendente, al sentido del estupor y de la contemplación frente al misterio de la vida y de la creación. Todo esto vosotros lo vivís y lo interpretáis en Cristo, y lo traducís en plenitud de humanidad. Me viene a la mente el lema de San Juan Pablo II en la *Redemptor hominis*: “El hombre es el camino de la Iglesia”. Vosotros ponéis en práctica este lema en la misión educativa. Es vuestra forma de realizar lo que escribe San Pablo: “Cristo formado en

vosotros” (cfr *Gal 4,19*). Es vuestro apostolado, educar así, vuestra aportación específica a la evangelización: hacer crecer lo humano según Cristo. En este sentido vuestras escuelas son “cristianas”, no por una etiqueta exterior, sino porque van por este camino.

Somos conscientes de que el mundo está viviendo una emergencia educativa. Se ha roto el pacto educativo, está roto, y ahora el Estado, los educadores y la familia están separados. Debemos buscar un nuevo pacto que sea comunicación, trabajar juntos. Esta emergencia educativa se ha vuelto más aguda por las consecuencias de la pandemia. Los dos grandes desafíos de nuestro tiempo: el desafío de la fraternidad y el desafío del cuidado de la casa común, no pueden encontrar respuesta si no es a través de la educación. Ambas son sobre todo desafíos educativos. Y gracias a Dios la comunidad cristiana no solo es consciente, sino que se ha comprometido en este trabajo, desde hace tiempo está buscando “construir nuevos caminos para transformar” el estilo de vida. Y vosotros, hermanos, formáis parte de esta obra, es más, estáis en primera fila, educando para pasar de un mundo cerrado a un mundo abierto; de una cultura del usar y tirar a una cultura del cuidado; de una cultura del descarte a una cultura de la integración; de la búsqueda de los intereses de partes a la búsqueda

del bien común. Como educadores vosotros sabéis bien que esta transformación debe iniciar en las conciencias, de otra forma será solo de fachada. Y sabéis también que no podéis hacer este trabajo solos, sino cooperando en “alianza educativa” con las familias, con las comunidades y las agregaciones eclesiales, con las realidades formativas presentes en el territorio.

Este, queridos hermanos, es vuestro campo de trabajo. Pero para ser buenos trabajadores, ¡no debéis descuidaros a vosotros mismos! No podéis dar a los jóvenes lo que no tenéis dentro de vosotros. El educador cristiano, en la escuela

de Cristo, es sobre todo testigo, y es maestro en la medida en la que es testigo. No tengo nada que enseñaros en esto, pero solo, como hermano, quiero recordároslo: testimonio. Y sobre todo rezo por vosotros, para que seáis hermanos no solo de nombre sino de hecho. Y para que vuestras escuelas sean cristianas no de nombre, sino de hecho.

¡Gracias por los que sois y hacéis! Id adelante con la alegría de evangelizar educando y de educar evangelizando.

Os bendigo a vosotros y a todas vuestras comunidades. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Gracias!

Mistero y compasión del contar

VIENE DE LA PÁGINA 1

el aspecto en el que se centran la mayoría de los autores, algunos enfatizando el papel de la mujer, como por ejemplo Marcelo Figueroa, otros destacando la “ductilidad” del tejido de historias «capaces de acoger en sí situaciones siempre nuevas y destinatarios siempre nuevos» (J.P.Sonnet), mientras que otros como Antonella Lumini se detienen en la consistencia “magnética” de las historias que sin embargo “existen”, tienen una “capacidad” y una tendencia, «como las aguas en el nacimiento de un río que luego desemboca en el mar». El tema del misterio, declinado como sentido del límite pero también como “magia” que interviene en el momento de la inspiración poética, está presente desde el primer texto, el del arquitecto Renzo Piano para quien «los seres humanos estamos todos unidos por esta conciencia de un misterio que nos sobrepasa, nos supera. Esto también tiene que ver con la poesía». «Lo que no sé, lo sé cantar» recita una canción del cantautor romano Francesco De Gregori entrevistado en la recopilación, y los artistas, añade Judith Thurman, con profunda intuición, «deben escribir no tanto sobre lo que saben, sino sobre lo que no sabían que sabían hasta que lo rescataron de la oscuridad».

El sentido del misterio abre a lo trascendente, hacia una dimensión inconfundiblemente espiritual, religiosa. Donna Tartt observa que «quizás, más propiamente, las historias son tela para velas que izamos para capturar un soplo de lo divino. Los pensamientos de otras personas adquieren una vida extraña en nosotros, y por eso la literatura es el arte más espiritual de todos y ciertamente el más transformador. Como ninguna otra forma de comunicar, una historia puede cambiar nuestra forma de pensar, en el bien o en el mal [...] las culturas antiguas y modernas siempre han considerado que las historias son mágicas, - y peligrosas - por una razón: porque se puede escuchar una historia y, al final, ser una persona totalmente diferente».

Y esto lleva al tercer aspecto, la compasión, también presente en varios textos recogidos en el volumen. En particular, la escritora Marylinne Robinson, recordando las historias y las canciones que le leía su madre, reflexiona sobre la compasión que en su sentido más amplio es según ella «en la vida del alma, el equivalente humano de la gracia divina» y luego añade que: «la historia demuestra cuán importantes son las narraciones para las comunidades». La literatura, por tanto, está ligada a la compasión y esto conduce a la transformación que se produce en toda experiencia de escritura y lectura, y se produce de forma ambigua, ambivalente y, por tanto,

arriesgada: el relato también puede desprender una fuerza negativa, manipuladora, destructiva.

La compasión, como repito a menudo en mis discursos, es una de las tres características del estilo de Dios, junto con la cercanía y la ternura. Se trata, pues, de una fuerza poderosa, y no puede reducirse sólo a un aspecto interior, íntimo, porque también posee una dimensión evidentemente pública, social, de manera que el relato se revela como una fuerza de la memoria, por tanto, custodia del pasado, pero también, precisamente por esto, levadura de transformación para el futuro. La compasión encuentra el icono más representativo en la figura del Buen Samaritano narrada en el capítulo 10 del Evangelio de Lucas. Este hombre se compadece del hombre herido y le ofrece no sólo cuidados y curaciones sino con estos también otro relato de su vida que con su gesto ha “redimido de la oscuridad”. La compasión transforma la vida de los dos protagonistas, y esto vale para cada persona y para cada comunidad.

Esta dimensión si queremos “política” de la narración también está muy presente en los 44 textos del libro. Pienso en la reflexión de Alessandro Zaccuri que habla de Jesús como el “Mesías narrador”, aparentemente desarmado, pero en realidad dotado del arma poderosa del relato. Así como el novelista irlandés Collum McCann ve en la narración «uno de los medios más poderosos que tenemos para cambiar nuestro mundo. [...] La narración es nuestra gran democracia. Es eso a lo que todos tenemos acceso. Contamos nuestras historias porque necesitamos ser escuchados. Y escuchamos historias porque necesitamos pertenecer. La narrativa traspasa fronteras. Cruza los confines. Rompe los estereotipos. Y nos da acceso al pleno florecimiento del corazón humano». A lo que alude McCann es a la conclusión a la que llega Daniel Mendelsohn cuando afirma que «La palabra es un puente [...] a través del relato podemos reducir la distancia que nos separa y creo que esto es hoy más necesario que nunca». Mendelsohn hace referencia al momento en que se escribieron estos textos, su contribución es de abril de 2020, e indica una referencia literaria precisa: el *Decamerón* de Boccaccio, ambientado en época de peste. También este libro con sus 44 textos fue compuesto en tiempos de pandemia y se siente la importancia, la urgencia de volver a la actividad más antigua y más humana: el arte de contar historias, es decir, de construir puentes que puedan «conectar los vivos a los muertos» para guiarnos, a través de los siglos y las generaciones, hacia un futuro para construir, tejer, juntos.

Ciudad del Vaticano,
20 de marzo 2021

A los participantes en un congreso internacional sobre la tutela de la biodiversidad

Por una educación inclusiva fundada en la ecología integral

Para construir una «cultura del cuidado» es necesario dar vida a una «educación inclusiva» fundada «sobre los pilares de la ecología integral». Lo subrayó el Papa Francisco recibiendo, el 21 de mayo, en la Sala Clementina, a los participantes en el congreso internacional sobre el tema «Nature in Mind. Una nueva cultura de la naturaleza para la tutela de la biodiversidad». El encuentro, organizado por el Arma de Carabineros, que se celebró en roma el jueves 19 y viernes 20. A continuación publicamos el discurso pronunciado por el Pontífice.



¡Queridos amigos!

Os doy la bienvenida a vosotros, participantes del Congreso Internacional “Nature in Mind. Una nueva cultura de la naturaleza para la tutela de la biodiversidad”, organizado por el competente comando del Arma de Carabineros. Doy las gracias al comandante general por sus amables palabras y expreso mi reconocimiento por esta iniciativa, que demuestra la voluntad de colaborar para proteger juntos nuestra casa común. Vuestro compromiso contribuye a reforzar el diálogo urgente, el diálogo responsable sobre el futuro del planeta, «porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos» (Enc. *Laudato si'*, 14).

El título del Congreso “La naturaleza en mente” hace pensar en el itinerario de San Buenaventura de Bagnoregio, quien en más de una ocasión invita a descubrir al Trascendente también a través de la contemplación de la belleza de la naturaleza. Es un viaje formativo para la mente y para el alma. Cuando miramos con estupor el cielo y las estrellas o las aguas cristalinas de un arroyo, por analogía contemplamos a los auto-

res de la belleza (cfr *Sap 13,3*). Esta fue dada en don al género humano, que está llamado a cultivarla y custodiarla (cfr *Gen 2,15*). En las Sagradas Escrituras lo bello y lo bueno son inseparables.

Como Dios ha puesto a disposición de los hombres su creación, así ellos encuentran su plena realización superando el egoísmo y gustando una “belleza compartida”. Este vínculo dinámico entre Creador, criatura humana y otras criaturas es una alianza que no puede ser rota sin daños irremediables. No debemos pretender «sustituir una belleza irremplazable e irrecuperable, por otra creada por nosotros» (*Laudato si'*, 34). El mito de Prometeo, apto quizá a otras épocas, ya no lo es para la nuestra. No necesitamos de un heroísmo titánico, sino de una mansa y paciente fraternidad entre nosotros y con la creación. La vida y la historia demuestran, de hecho, que no podemos ser nosotros mismos sin el otro y sin los otros. En un mundo en el cual «todo está íntimamente relacionado» (ibid., 137), es necesario identificar nuevos paradigmas pedagógicos para promover en los procesos educativos, orientándolos al diálogo entre los saberes y contribuyendo a hacer crecer

la cultura del cuidado. Y la cultura del cuidado es una cultura de la armonía, es conservar la armonía, y no una cultura de los detalles que rompe la armonía. Tal cultura, de hecho, está estrechamente vinculada a una educación inclusiva que se apoya sobre los pilares de la ecología integral. Frente a la riqueza y complejidad del mundo natural, cada proyecto educativo ofrece una perspectiva de comprensión dirigida a subrayar las interrelaciones entre el hombre y el ambiente. Con el fin de promover un desarrollo realmente sostenible, es necesario abrirse con creatividad a nuevos itinerarios, más integrados, compartidos, unidos directamente con las personas y sus contextos. De esta manera todos se sienten implicados en la contribución al pacto educativo, que tiende a formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contrastes. Cualquier medida será ineficaz si no es asistida y apoyada por un proceso educativo que favorezca el cuidado y protección de nuestra casa común.

A través de nuestros talentos todos somos llamados a construir la “aldea global del cuidado”, a formar una red de relaciones humanas que rechacen toda forma de discriminación, violencia y prevaricación. En esta “aldea” nuestra, la educación se convierte en portadora de fraternidad y generadora de paz entre los pueblos así como de diálogo entre las religiones.

Queridos carabineros, queridos amigos, os renuevo mi aprecio por vuestro compromiso cotidiano y os exhorto a proseguirlo con valentía. Os bendigo a todos vosotros y a vuestros familiares. Os deseo un buen trabajo; y os pido por favor que recéis por mí. Gracias.

«El sagrado derecho de los pueblos a la paz» fue reiterado por el Papa Francisco la mañana del 23 de mayo, durante la audiencia a los voluntarios italianos del servicio nacional de Protección civil, recibidos en la sala clementina.

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al presidente por las palabras de saludo que me ha dirigido en nombre de todo el servicio nacional de la Protección Civil. Sé lo meritorio que es vuestro trabajo y me gusta recordar cuánto bien habéis hecho durante la reciente pandemia, especialmente en sus fases más agudas. Habéis estado disponibles para ayudar las familias más frágiles: habéis desarrollado servicios de acompañamiento y seguridad hacia ancianos y personas vulnerables; habéis asistido a muchos que estaban enfermos, pobres o solos en casa.

Habéis apoyado la campaña de vacunación con competencia y gratuidad a través de la acción de voluntarios. Igualmente, no ha faltado vuestro compromiso para la asistencia humanitaria y la acogida en Italia de los refugiados procedentes de Ucrania, especialmente mujeres y niños que han huido de esta guerra absurda. Gracias por lo que habéis hecho y seguís haciendo en silencio. El bien no hace ruido, pero construye el mundo.

Quisiera compartir con vosotros tres puntos de reflexión y de acción, sugeridos por la palabra que inspira vuestro servicio: protección. Vosotros estáis colocados para proteger a las personas más expuestas a peligros y fragilidad. Es una misión que recuerda la del Buen Samaritano del Evangelio (cf. *Lc 10, 29-37*). Dedicáis tiempo, cuidáis y ofrecéis conocimientos y servicios. Cuando esto sucede, la sociedad sale mejor.

El verbo “proteger” indica el cuidado del hermano hacia el hermano, una fraternidad concreta, custodiar la vida, conservarla, velar por ella. La “protección civil” que vosotros garantizáis me hace pensar en estos tres aspectos.

La primera protección que necesitamos es la que nos preserva del aislamiento social: proteger para no caer en el aislamiento social. Es una forma muy importante de dar voz a la esperanza. No olvidemos que «la reciente pandemia nos permitió rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida. Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sosteni-

Igualmente, no ha faltado vuestro compromiso para la asistencia humanitaria y la acogida en Italia de los refugiados procedentes de Ucrania, especialmente mujeres y niños que han huido de esta guerra absurda. Gracias por lo que habéis hecho y seguís haciendo en silencio

das por personas comunes que, sin lugar a dudas, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida [...]. Comprendieron que nadie se salva solo» (*Enc. Fratelli tutti*, 54).

En esta descripción encuentro también vuestro compromiso y vuestro testimonio. Realmente nadie se salva solo. Necesitamos entender y ver que nuestra vida depende de la de los otros y que el bien es contagioso. Hacerse prójimo de los hermanos nos hace mejores, más disponibles y solidarios. Y al mismo tiempo nuestra sociedad se vuelve un poco más vivible. En la medida en la que estas actitudes crecen y se conectan en un estilo de ciudadanía solidaria, entonces realmente construyen una “protección civil”. Las emergencias en estos años, unidas a la acogida de los refugiados que huyen de guerras o de cambios climáticos, recuerdan lo importante que es encontrar a alguien que te tienda la mano, que ofrezca una sonrisa, que gasta tiempo de forma gratuita, que hace sentir en casa. Cada guerra marca una rendición a la capacidad humana de proteger. Una negación de lo que está escrito en los compromisos solemnes de las Naciones Unidas. Por eso San Pablo VI, ha-



En el discurso a la Protección civil italiana el Papa reitera lo absurdo de la guerra en

El sagrado derecho de los pueblos a la paz

blando a la ONU, proclamó: «¡Nunca más la guerra!» (4 de octubre de 1965). Lo repetimos hoy delante de lo que sucede en Ucrania, y protegemos el sueño de paz de la gente, el sagrado derecho de los pueblos a la paz.

La segunda protección para promover es la de los desastres ambientales - le he conocido a él [el presidente] precisamente en tierra que había sufrido un terremoto-. A menudo he recordado un antiguo dicho español que dice: «Dios perdona siempre, los hombres perdonan a veces, la naturaleza no perdona nunca».

Los cambios climáticos de nuestro tiempo han multiplicado los eventos atmosféricos extremos, con consecuencias dramáticas para las poblaciones civiles. El impacto es catastrófico para las personas que pierden sus

hogares debido a desbordamientos de cursos de agua, tornados, inestabilidad hidrogeológica. ¡La tierra grita! Cuando forzamos la mano, la naturaleza muestra su rostro cruel y el hombre es aplastado, obligado a gritar su miedo. La intervención de la Protección Civil ha sido fundamental también en caso de terremotos, como testimonio de la vocación a proteger a las personas golpeadas por tragedias similares. La protección es signo de cuidado para el territorio que habitáis: sois presidio para salvar vidas humanas y para promover las comunidades. Estamos llamados a proteger el mundo y no a depredarlo.

La tercera protección sucede a través de la prevención. «Cada uno ama y cuida con especial responsabilidad su tierra y se preocupa por su país, así como cada uno debe amar y cuidar su casa para que no se venga abajo, porque no lo harán los vecinos. También el bien del universo requiere que cada uno proteja y ame su propia tierra» (*Fratelli tutti*, 143). La prevención se puede realizar involucrando a los varios sujetos responsables de la administración de un territorio. Es necesario formar las conciencias para que los bienes comunes no sean abandonados o vayan solo en ventaja de pocos. Y vigilar para que eventos adversos no desaten desastres irreparables sobre las personas. En sentido positivo, es importante educar en la belleza, custodiar historias de vida y tradiciones, culturas y experiencias sociales.

Haciendo esto, vosotros os convertís en artesanos de esperanza, esa virtud que «es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna» (*ibid.*, 55).

Proteger es por tanto cuidar. Sabemos hablar con ternura solo si reconocemos que

nosotros somos los primeros en ser custodiados. Dios es Padre, cuida de nosotros y no deja que nos falte su amor. El profeta Isaías recuerda que Dios no ha dibujado «en las palmas de mis manos» (49,16). No nos abandona nunca, siempre toma de la mano y acompaña, protege y sostiene. También un Salmo nos recuerda que «Yahveh guarda a los pequeños» (116,6). Si nos sentimos custodiados por ÉL, aprendemos una generosa protección hacia los hermanos y las hermanas, como nos enseñan tantos ejemplos de santos y santas.

Y no quisiera terminar sin subrayar una palabra: voluntariado. Vosotros sois volunta-





Ucrania
pueblos

rios. Yo he encontrado tres cosas en Italia que no he visto en otros lugares. Una de estas tres cosas es el fuerte voluntariado del pueblo italiano, la fuerte vocación al voluntariado. Es un tesoro: ¡custodiadlo! Es un tesoro cultural nuestro, ¡custodiadlo bien! Queridos amigos, os animo a seguir vuestra obra de bien entre los más necesitados, según el testimonio luminoso de vuestro patrón San Pío de Pietrelcina.

Os acompaño en la oración, bendigo a todos vosotros y a vuestras familias. Y os pido, por favor, que recéis por mí, ¡porque este trabajo no es fácil!
Gracias.



Una mujer ucraniana con un militar ruso en Mariupol (Alexander Ermochenko /Reuters)

Entrevista con el arzobispo secretario para las relaciones con los estados al finalizar su misión en Ucrania

Gallagher: «He encontrado un pueblo herido y valiente»

STEFANO LESZCZYNSKI
ENVIADO A KIEV

«El pueblo ucraniano es realmente un pueblo herido y al mismo tiempo muy valiente, muy determinado: no podemos pasar por alto el gran sufrimiento de este gran pueblo... Es necesario renovar nuestro compromiso para resolver el conflicto a través del diálogo diplomático y político». El arzobispo Paul Richard Gallagher, al final de su misión en Ucrania, hace un balance del viaje con los medios de comunicación del Vaticano. Su misión en Ucrania finaliza hoy, después de tres días intensos de encuentros. ¿Cuáles son sus primeras impresiones y conclusiones sobre el resultado de esta misión?

Me gustaría empezar con unas palabras de agradecimiento, especialmente a Dios, que nos ha permitido llevar a cabo esta misión. Todo ha ido muy bien. Luego, por supuesto, unas palabras de agradecimiento a todos los que han facilitado este viaje: a las autoridades eclesásticas y civiles de Polonia, que nos acompañaron desde Cracovia hasta la frontera con Ucrania; a la Iglesia aquí en Ucrania -la Iglesia greco-católica, la Iglesia latina- y también a las autoridades que nos ayudaron de tantas maneras. Por supuesto, un agradecimiento especial al Nuncio Apostólico, monseñor Visvaldas Kulbokas, y a sus colaboradores en Kiev que nos acogieron y ayudaron de muchas maneras. Así pudimos viajar con seguridad, ver la situación y conocer a la gente. Estoy muy contento de que la misión haya tenido éxito a este nivel. Creo que se nos permitió hacer presente la atención, la preocupación del Santo Padre, de la Santa Sede en general, y poder tocar la realidad, ver a las autoridades, que también están presionadas por la guerra, y luego a la Iglesia con todas sus preocupaciones. Vimos y también escuchamos de las autoridades un gran reconocimiento por todo el trabajo que la Iglesia ha hecho aquí en Ucrania durante esta emergencia: la labor humanitaria y el apoyo espiritual ofrecido a la gente. Y esto es muy, muy importante. Sé que el Santo Padre se alegrará mucho de recibir noticias en este sentido.

Tuvo la oportunidad de cruzar el país desde Leopólis hasta Kiev. Tantas las personas que ha conocido, tantos testimonios de heroísmo por cosas sencillas, hechas también de gestos simples, pero también tantos sufrimientos que ha podido tocar con sus propias manos...

Sí. Para los que generalmente vivimos cómodamente en nuestros países, imaginar estos meses de conflicto, los sufrimientos, la gente que tuvo que huir en pocos minutos dejándolo todo atrás, las personas que viven la angustia de no saber la suerte de sus seres queridos... Incluso a nivel psicológico vimos en el monasterio benedictino aquí en Leopólis, familias claramente traumatizadas, niños que sufren, que tienen aún mucho miedo. Así que hemos tocado el sufrimiento de este pueblo. Y esto creo que es lo mismo para Oriente que para Occidente: es algo inédito, que nadie esperaba. El shock es muy grande en este pueblo. Y también la mirada hacia el futuro, la inseguridad, las dudas, el intentar ser valientes, de tener la fuerza para continuar y luego la responsabilidad que cada uno siente de animar a los demás y de no mostrar -quizás- incluso los propios sentimientos, a veces. Este es realmente un pueblo herido, un pueblo al mismo tiempo muy valiente, muy determinado: no podemos pasar por alto el gran sufrimiento de este gran pueblo ucraniano en este momento.

Un pueblo ucraniano que representa una gran variedad y riqueza de culturas, que se refleja también en la variedad y riqueza religiosa. ¿Qué importancia tiene el espíritu ecuménico en la reconstrucción de la paz de la futura Ucrania?

Creo que esto es esencial, porque en un momento como éste, en cualquier país, aunque esté unido -y existe esta unidad, la hemos sentido-, también existe el peligro de empezar a tener rivalidades, resentimientos entre unos y otros. Por eso es indispensable que todos permanezcan firmemente decididos a trabajar por la unidad del país, del cuerpo político del país, por la unidad de los cristianos, la unidad de la Iglesia católica, la unidad con otras religiones, para poder aprovechar los recursos es-

pirituales, la gracia que Dios concede en estos momentos, y no disipar estas cosas en dificultades, en peleas. Esto es indispensable. Esta es también una oportunidad cuando surgen algunos malentendidos o dificultades históricas, pero se pueden superar en este momento.

Usted ha tenido la posibilidad de hablar con los dirigentes institucionales de Ucrania. Uno de los grandes interrogantes se refiere a los espacios para abrir una vía de diálogo con el fin de lograr un futuro pacífico. ¿Qué espacios pudo detectar en estos diálogos?

Lo primero que noté: el hecho de venir aquí con mis colaboradores durante unos días fue muy apreciado. Hemos mantenido nuestra promesa al ministro de Asuntos Exteriores de venir. Después, todos expresaron su agradecimiento por las palabras del Papa en las audiencias, en el Angelus, en las entrevistas. Sentían que el Papa "tiene el pulso" de este pueblo en sus sufrimientos. Así que creo que sintieron que la Santa Sede, el propio Santo Padre, podía seguir desempeñando un papel

En cierto sentido, Ucrania debe caminar un poco como María Magdalena en el jardín para encontrar a Cristo resucitado. Sólo esto puede secar las lágrimas de este pueblo. Estoy convencido de que cuando se ve a estas personas hay una gran solidaridad humana, pero también hay una gran fe. Estoy convencido de que el pueblo, a través de la profundización de su fe, independientemente de sus tradiciones -católica, ortodoxa, protestante, judía y de otras religiones- puede llegar a la resurrección, también en este tiempo de Pascua.

Un comentario sobre las expectativas de Ucrania del resto del mundo. Se expresó una gran gratitud por lo que es la preocupación de Europa por el pueblo ucraniano. Pero también ha disminuido un poco la atención, una disminución -quizás- de la cantidad de ayuda que llega al país. ¿Qué se puede hacer concretamente para ayudar al pueblo ucraniano? ¿Qué sugeriría usted?

Es natural que haya cierta dificultad para enviar ayuda de cualquier tipo; lo hemos visto en muchos lugares del mundo. Es difícil mantener el interés, la simpatía, la solidaridad du-



muy importante en este conflicto y en su resolución. Hay espacios. El presidente Zelensky dijo que ante una guerra que continúa, debe ser en última instancia la diplomacia la que resuelva las cosas; las partes del conflicto deben acudir a la mesa para negociar. Ya han hecho un intento -que merece reconocimiento-, pero este esfuerzo debe renovarse, para resolver el conflicto mediante el diálogo diplomático y político.

Excelencia, el diálogo diplomático y político se produce a niveles muy altos. También está la dimensión humana. Usted la ha experimentado tanto en la carga emocional de algunas de las personas que ha conocido. Pienso, por ejemplo, en el clérigo de la Iglesia ortodoxa ucraniana, que contó su experiencia durante los días más duros del asedio, así como en las palabras del nuncio, cuando les contó su experiencia personal durante los días del bombardeo y le mostró los objetos que se encontraron en las casas en ruinas. Lo hizo con gran emoción. ¿Cómo se podrá despertar esta dimensión humana en la población para asegurar un camino de redención después del conflicto?

Estas personas han pasado y están pasando por días terribles, como los que usted relata. Me impresionó mucho la valentía del sacerdote ortodoxo que conocimos en Bucha, que contó aquellos días terribles, en los que había cadáveres por todas partes y pidió que los enterraran. Sí, se puede ver que después de todo, tal vez en algunos lugares las cosas están un poco mejor en estos días, pero las heridas permanecen e incluso nosotros en nuestro pequeño modo, venimos, tratamos de hablar con ellos, de mostrar una empatía hacia sus sufrimientos, un gesto de apoyo, un gesto de aliento. Sin embargo, en mi opinión, esto no es algo que los humanos podamos hacer solos. En verdad, cuando estamos necesitados, sentimos absolutamente la necesidad del encuentro con Cristo que cura nuestras heridas.

rante mucho tiempo; esto ocurre en todas partes. Lo que creo que hay que hacer ahora es buscar -ya existe, pero hay que intensificarlo- contactos con las autoridades, con la sociedad civil, con las Iglesias, para tratar de entender lo que realmente necesitan. Una cosa que me llamó mucho la atención cuando hablé con el ministro de Asuntos Exteriores, el secretario de la presidencia y el primer ministro, es que todos decían constantemente: "Vamos a estar en contacto. Hablemos seguido". El mundo, Europa, han sido muy generosos con Ucrania; hemos escuchado muchos testimonios de gratitud hacia Polonia, la Iglesia católica en Polonia, junto con un sentimiento de soledad ante los grandes retos del momento. Por ello, creo que la comunidad internacional, a todos los niveles, debe unirse a Ucrania en este momento.

Uno tiene a veces la sensación de que en Occidente el debate sobre la guerra en Ucrania se resuelve a menudo en una polémica sobre el envío de armamento u otro tipo de apoyo. En su opinión, ¿hay una percepción correcta de cuál es la situación del conflicto y la necesidad real de que los pueblos, ucraniano y ruso, lleguen a una reconciliación, a un fin del conflicto?

Me parece muy claro que, lamentablemente, es demasiado pronto para hablar primero de paz y luego de reconciliación. Muchos nos han dicho que entienden el tema, entienden que son valores profundamente humanos y cristianos, pero desgraciadamente la gente ha sufrido mucho en estos meses. Es demasiado pronto. Ucrania debe defenderse y para ello debe recibir ayuda, incluso militar. Siempre hemos insistido en que debe haber una cierta proporcionalidad, porque volver a iniciar una carrera armamentística, en Europa, en el mundo, no es conveniente. Como he dicho antes, Ucrania debe ser incluida en todas las iniciativas para la paz en este país.

El Pontífice a la comunidad de «Familia Cristiana» por los noventa años de la revista

Comunicar con el estilo del diálogo y de la escucha

«Hoy se abren delante de nosotros especialmente dos caminos: el camino de la fraternidad y el camino de la ecología integral. Debemos recorrer este camino, pero el método permanece siempre el mismo: el diálogo y la escucha, que permiten cultivar las relaciones». Lo dijo el Papa Francisco a la comunidad de «Familia Cristiana» recibidos en audiencia, en la mañana del sábado 21 de mayo, en el aula Pablo VI, con ocasión de los 90 años de la revista. Estas son las palabras del Pontífice.



¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al director, Don Stefano, por su presentación.

Vosotros hoy representáis la gran familia de «Familia Cristiana». ¡No es un juego de palabras! La revista católica más difundida de Italia cumple 90 años: es una abuela, como una buena abuela, que ha visto mucho y ha adquirido sabiduría. Todo nace del espíritu apostólico del beato Don Giacomo Alberione: él imagina una revista que lleve a las familias una visión cristiana de la realidad, de la actualidad, de los grandes temas del mundo y de la Iglesia. Y en este proyecto involucra a toda la Familia Paulina: los sacerdotes en la dirección y redacción, los religiosos hermanos sobre todo en la fase técnica de la impresión, las monjas para la difusión en las casas, todos para sensibilizar en las parroquias. Pero la colaboración se extiende enseguida a periodistas y expertos en

todos los campos.

Don Alberione decía ya en 1915 a los jóvenes sacerdotes: «Sembrar buenas ideas para que den buenas obras: este es el trabajo que importa. Ideas religiosas, ideas sociales, ideas económicas, ideas de virtud, ideas de higiene, etc. [...]». Cuando sabemos que una idea puede hacer bien, que un hecho puede hacer interesante un periódico, será útil comunicarlos: es un talento que Dios da: hagámoslo fructificar» (*Apuntes de Teología Pastoral*, n. 340).

Queridos amigos, los lectores y las lectoras – es decir vosotros – son el verdadero patrimonio de una revista como Familia Cristiana. Y de hecho la dirección, la redacción y los periodistas siempre han alimentado el contacto con la gente; una relación que debe ser renovada también en la transformación digital que estamos atravesando. Decía Don Alberione: «Introducir el cine a las parroquias y hacer suscripciones a las publicaciones periódicas católicas.

El periódico católico es como una visita de Dios en las casas (*Predicaciones a las Pastoritas*, libro VII, 1981, 318).

Esta siempre ha sido la línea editorial de los Paulinos: estar atentos a las relaciones como clave de la práctica comunicativa, y a las «redes» como lugares de creación colaborativa de significados y contenidos; dirigidas a buscar nuevas formas de presencia y de acción, unidas no tanto a los medios sino más bien a la cultura y a la nueva gramática de la comunicación; y a servicio de todo el pueblo de Dios, especialmente de los hombres y mujeres que viven en las periferias de hoy. Esta línea es siempre válida, y por supuesto debe ser actualizada según las grandes orientaciones de la evangelización; hoy se abren ante nosotros especialmente dos caminos: el camino de la fraternidad y el camino de la ecología integral. Debemos seguir estos caminos, pero el método sigue siendo el mismo: el diálogo y la es-

cucha, que nos permiten cultivar las relaciones.

A propósito de diálogo, es importante entender que no puede reducirse a un intercambio de datos o información, y que la relación con el otro no puede limitarse a una conexión. ¡Esto vosotros lo sabéis bien! No se puede confundir un mero contacto con una señal de diálogo e interacción, o un simple intercambio de mensajes con una verdadera comunicación. Alguno me decía que la guía telefónica es la que más datos tiene y más personajes tiene, pero sin comunicación, ¡qué curioso! La comunicación es un ejercicio más profundo, que pone de manifiesto la autorreferencialidad. Superar la autorreferencialidad para mirar hacia un horizonte más amplio es indispensable en este momento de cambio de época. Para conocer a los interlocutores de su misión y acercarse a ellos, el comunicador debe hacer un camino de «salida», cambiando de actitud y de mentalidad

si es necesario. Este es el camino que nos mostró el Concilio Vaticano II, y luego San Pablo VI, San Juan Pablo II; pero antes de eso está el ejemplo del apóstol Pablo, que comunicando el Evangelio creaba relaciones y hacía comunidad.

El tema del próximo Capítulo general de los sacerdotes y de los hermanos discípulos de la Sociedad de San Pablo va claramente en esta dirección: «Transformaos mediante la renovación de vuestra mente (*Rm 12,2*). Llamados a ser artesanos de comunión para anunciar proféticamente la alegría del Evangelio en la cultura de la comunicación. Lo iniciaréis precisamente en la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, jornada deseada por san Pablo VI cuya memoria litúrgica se celebra el mismo día. Encontrándonos aquí juntos hoy, oremos por este importante momento de vosotros los Paulinos; y oremos para que «Familia Cristiana» y vuestras otras publicaciones, libros, actividades televisivas, multimedia y formativas en Italia y en el mundo se renueven siempre según el Evangelio con el celo del apóstol Pablo.

Ir siempre al Evangelio, ir siempre a las raíces. Y de ahí tomar fuerzas para la novedad, las raíces te darán el jugo para crecer, el Evangelio te dará la misión y te dará el mensaje que te constituye. Pero estad atentos con un peligro de hoy: lamentablemente profundizar se confunde con retroceder. Y una cultura que, en lugar de

profundizar, retrocede para anunciar, acaba conservándose, no creciendo, no teniendo el carisma de una comunicación. Estad atentos, en vuestras revistas: mostrar siempre las raíces, pero para crecer. Y estad atentos con mirar cuando hay algún movimiento de «retroceso» para denunciarlo y decir: esto no es cristiano. El autor de la Carta a los Hebreos decía: «No somos personas que van atrás» (cf. 10, 39). Vamos adelante con la fuerza del Evangelio, con la fuerza comunicativa que crea comunidad; no ir atrás para crear pequeños grupos de autoconservación, que acabarán transformando nuestra alma en una pieza de museo. Estad atentos con esto. Y concluimos con una palabra de Don Alberione que resume su recorrido carismático: «No se puede dar mayor riqueza a este mundo pobre y orgulloso que Jesucristo –es la riqueza más grande-. María dio al mundo la gracia en Jesucristo; continúa ofreciéndola a lo largo de los siglos. [...] El mundo necesita a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. María lo da a través de los apóstoles y los apostolados, que Ella suscita, forma, asiste y corona de frutos y gloria en el cielo». (*Abundantes divitiae gratiae suae*, 1953, p. 108). ¡Gracias a todos por haber venido! Os bendigo de corazón, y bendigo a todos los lectores y las lectoras de «Familia Cristiana», y a todos los que trabajan para escribirla, imprimirla y difundirla. Y vosotros no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Reaprender a caminar juntos

VIENE DE LA PÁGINA 1

ca reaprender a caminar juntos al momento de enfrentar los desafíos o los problemas pastorales y sociales propios del cambio de época^[1]. Digo «reaprender» porque para caminar juntos siempre es importante mantener el pensamiento incompleto. Yo le tengo alergia a los pensamientos ya completos y cerrados. Yo recuerdo cuando al inicio de la Teología de la Liberación, que se jugaba mucho con el análisis marxista, sobre al cual el Papa y el General de los Jesuitas reaccionaron muy fuertemente. Apareció un/dos volúmenes, sobre la intuición latinoamericana, sobre la identidad latinoamericana para seguir este camino, y casi el ochenta por ciento de las notas estaba en alemán, no tenían ni la menor idea. Era una ideologización de lo que es un camino telúrico latinoamericano. Y digo telúrico porque la espiritualidad latinoamericana esta agarrada a la tierra no se le puede separar.

Estoy convencido de que, de una manera adelantada, la Iglesia en América Latina y el Caribe, ha hecho camino al andar, es decir, ha mostrado que una recta interpretación de las enseñanzas conciliares implica reaprender a caminar juntos al momento de enfrentar los problemas pastorales, los problemas sociales propios del cambio de época. Y es propio del Espíritu Santo hacerse el contradictorio^[2], pero esto es posible cuando nuestro pensamiento es incompleto, cuando es completo no funciona.

Cuando uno cree saberlo todo, el don no puede ser recibido. Cuando uno cree saberlo todo, el don no nos educa porque no puede entrar en el corazón. Dicho de otro modo, nada hay más peligroso para la sinodalidad que pensar que ya lo entendemos todo, que ya lo

comprendemos todo, que ya lo controlamos todo. El don es imprevisible, es sorpresa, y siempre nos rebasa. El don es absolutamente gratuito y no reclama nada a cambio. No hay un método para adquirir el don. El don es inmerecido y nadie lo puede apropiarse para controlarlo. El don es el Espíritu Santo, que no se impone por la fuerza, sino que convoca suavemente a nuestro afecto y a nuestra libertad para modelarnos con paciencia y con ternura, y así poder adquirir la forma de unidad y comunión que Él desea en nuestras relaciones.

Cuando sentimos las mociones del Espíritu, la vida gradualmente se devela como don, y no podemos sino hacer de nuestra propia vida un servicio constante a los demás. Por el contrario, cuando por el «conocimiento cerrado», o el pensamiento cerrado, o por la ambición creemos dominarlo todo, fácilmente caemos en la tentación del control total, la tentación de ocupar espacios, de alcanzar la superficial relevancia de quien desea ser el protagonista central, como en un show de televisión. Ocupar espacios es la tentación, abrir procesos es la actitud que permite la acción del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es don, no actúa quitando sino dando, moviendo, innovando. El Espíritu Santo no es una fuerza del pasado sino que Pentecostés sigue aconteciendo en nuestro tiempo. ¡El «Gran Desconocido», que no tiene imagen, es siempre contemporáneo y no deja de acompañarnos y consolarnos! Él crea la diversidad de los carismas. Crea un cierto desorden inicial –pensamos en la mañana de Pentecostés el lfo que se armó, y que hizo decir a los que vieron esto: están ebrios-. Él crea un desorden inicial, para luego crear la armonía de todas las diferencias. *Ipse est armonía*, decía San Basilio.

«Él es la armonía». Pero antes te crea la desarmonía, con los carismas todos diversos.

La sinodalidad es parte de una eclesiología pneumatológica, es decir, espiritual.

Así mismo, también lo es de una teología eucarística. La comunión con el Cuerpo de Cristo es signo y causa instrumental de un dinamismo relacional que configura a la Iglesia. Sólo hay sinodalidad cuando celebramos la Eucaristía y entronizamos el Evangelio para que, entonces, nuestra participación no sea un mero parlamentarismo sino un gesto de comunión eclesial que busca ponerse en movimiento. Todos los bautizados somos «*synodoi*», amigos que acompañan al Señor al caminar^[3].

Más aún, la Iglesia es «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»^[4]. Por ello, en la realidad que denominamos «sinodalidad» podemos localizar el punto en el que converge misteriosa pero realmente la Trinidad en la historia. De este modo, la palabra «sinodalidad» no designa un método más o menos democrático y mucho menos «populista» de ser Iglesia. Estos son desviaciones. La sinodalidad no es una moda organizacional o un proyecto de reinención humana del pueblo de Dios. Sinodalidad es la dimensión dinámica, la dimensión histórica de la comunión eclesial fundada por la comunión trinitaria, que apreciando simultáneamente el *sensus fidei* de todo el santo pueblo fiel de Dios^[5], la colegialidad apostólica y la unidad con el Sucesor de Pedro, debe animar la conversión y reforma de la Iglesia a todo nivel.

Cuando decidí que la Pontificia Comisión para América Latina (CAL) continuase y se renovase en el marco de la reforma de la Curia, estas ideas no estu-

vieron lejos de mi corazón. La CAL está llamada a ser un organismo de servicio que colabore a que todos en América Latina y el Caribe ingresemos en un estilo sinodal de ser Iglesia, en el que el Espíritu Santo, que también nos llama a través del Pueblo Santo de Dios, sea el protagonista, y no nosotros.

Por ello, la CAL, es un servicio, es una diakonía, que principalmente debe mostrar el afecto y la atención que el Papa posee hacia la región. *Diakonía*, servicio, que ayude a que los diversos Dicasterios actúen de manera sinérgica y comprendiendo mejor la realidad social y eclesial latinoamericana. *Diakonía* que, a nombre del Papa, acompaña el caminar de organismos como el CELAM y el CEAMA, y la pastoral hispana en los Estados Unidos y Canadá, en comunión con la Iglesia universal.

La CAL no está llamada a ser una aduana, que controla cosas de Latinoamérica o la dimensión hispánica de Canadá y Estados Unidos, no. Su existencia como instancia de servicio está justificada por la peculiar identidad y fraternidad que vivimos las naciones de América Latina. La CAL es un organismo de la Curia Romana, parte integrante del Dicasterio de los Obispos, que cuenta con dos laicos como secretarios –varón y mujer ahora-, a quienes he pedido que, desde su experiencia y perfil personal, de manera complementaria, nos ayuden a todos a generar nuevas dinámicas y nos desinstalen un poquito de algunos de nuestros usos y costumbres clericales, tanto aquí en la Curia como en todo lugar en el que existan comunidades latinoamericanas. No olvidemos que el clericalismo es una perversión «quietista» Y en este sentido la CAL debe ayudar a caminar. No protagonizar, ayudar a caminar para no convertirse en una instancia clerical.

La CAL, a través de todos sus miembros, debe promover lo más ampliamente posible la verdadera sinodalidad. Comunidad sin sinodalidad fácilmente puede prestarse a cierto fijismo y centralismo indeseable. Sinodalidad sin comunión puede llegar a ser populismo eclesial. No las dos cosas juntas. La sinodalidad nos debe conducir a vivir más intensamente la comunión eclesial, en la que la diversidad de carismas, vocaciones y ministerios se integran armoniosamente animados por un mismo bautismo, que nos hace ser hijos en el Hijo, a todos. Tengamos cuidado del protagonismo unipersonal y apostemos por sembrar y animar procesos que permitan que el pueblo de Dios, que camina en la historia, pueda participar más y mejor en la común responsabilidad que todos tenemos de ser Iglesia. Todos somos pueblo de Dios. Todos somos discípulos llamados a aprender y a seguir al Señor. Todos somos corresponsables del bien común y de la santidad de la Iglesia.

Agradezco la presencia de Ustedes y encomiendo los trabajos durante esta Plenaria a la Virgen Santa María de Guadalupe, Madre mestiza del «verdaderísimo Dios por Quién se vive»^[6]. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

[1] Cf. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 52.

[2] Cf., *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor*, Simon & Schuster, Nueva York, 2020, 57-58.

[3] Cf. Comisión Teológica internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 55.

[4] Concilio Vaticano II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 4.

[5] *Ibidem*, 12.

[6] A. Valeriano, *Nican Mopohua*, trd. M. Rojas, Ideal, México 1978, n. 26.

El recuerdo del arzobispo Vérguez Alzaga, su secretario personal durante 23 años

El cardenal Pironio un profeta de esperanza que solo quería servir a la Iglesia

ANDREA MONDA

«Profeta de la esperanza» que de sí mismo decía «lo único que deseo hacer es servir», tanto que su herencia, muy actual, se puede expresar simplemente en la palabra «¡Magnificat!». Este es el perfil del cardenal Eduardo Francisco Pironio (1920-1998) delineado —en esta entrevista con «L'Osservatore Romano»— por el sacerdote que durante 23 años estuvo a su lado como secretario personal: el arzobispo Fernando Vérguez Alzaga, presidente de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano.

El Papa Francisco ha declarado venerable al cardenal Pironio. ¿Cuál es su primera impresión ante esta noticia?

En primer lugar, una gran alegría. En segundo lugar, una gratitud inmensa a Dios por habernos donado al cardenal y al Papa Francisco que ha firmado el decreto para el reconocimiento de las virtudes heroicas. El haber vivido durante tantos años junto al cardenal como su secretario personal ha sido para mí un privilegio y una gran responsabilidad. Un privilegio, porque he podido vivir junto a una persona con dotes humanas y espirituales excepcionales. Pironio fue un obispo que verdaderamente encarnó el modelo del Buen Pastor. Su dedicación al Pueblo de Dios, a los más marginados, a los últimos, caracterizaba su ministerio pastoral.

Vivía su consagración sacerdotal como una misión, una llamada a donarse a los otros. Su existencia se extendía hacia el exterior, hacia los que se cruzaban en su camino y lo interpelaban sobre su coherencia a las enseñanzas del Evangelio. Virtudes como fe, esperanza y caridad no eran para él una doctrina, sino experiencia cotidiana.

¿Era consciente de ser el secretario de un hombre de Dios?

En mi contacto cotidiano con él he experimentado verdaderamente qué significa ser un perfecto discípulo de Cristo. Fui su secretario personal durante 23 años, desde su llegada a Roma en octubre de 1975 como pro-prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, hasta su muerte, en 5 de febrero de 1998. En este arco de tiempo el cardenal fue 9 años prefecto del Dicasterio para los consagrados, 12 años presidente del Pontificio consejo para los laicos y 2 años de descanso sin encargos directos al servicio de la Santa Sede.

Tuve sobre todo el privilegio de acompañarlo en el momento más difícil de la enfermedad y del sufrimiento. Pero también de haber compartido con él la alegría y la serenidad que le brotaban de la convicción anclada en la fe de que la cruz que estaba experimentado no era por la muerte, sino por la vida. Soy consciente de que Dios me pedirá cuentas de toda la riqueza espiritual que he experimentado junto al cardenal.

¿Qué le impresionaba más en la vida del cardenal?

Uno de los periodos más difíciles para el cardenal fue seguramente el que vivió durante los 11 años en los que tuvo un tumor.

Soy testigo de que, en este recorrido caracterizado por la cruz, Pironio se purificó, afinó su alma y la hizo todavía más transparente y dócil a la acción del Espíritu. Él estaba seguro de que ese camino lo habría llevado al encuentro definitivo con Cristo. Si por un lado, su físico disminuía en fuerza y salud, por otro su espíritu se fortalecía y se comprometió cada vez más en la acción pastoral entre los laicos y se dedicó aún más al servicio de la Santa Sede. Fue en este periodo cuando manifestó claramente una esperanza inquebrantable y una serenidad que no dejaba indiferente.

Todavía recuerdo su rostro que irradiaba paz a pesar de haber recibido la noticia de su enfermedad. Era el 10 de febrero de 1984, cuando los médicos de la clínica Toniolo de Bolonia le comunicaron el diagnóstico, confirmado por la biopsia, de un tumor maligno. Dio las gracias a los médicos y se encomendó inmediatamente a la Providencia de Dios. Me abrazó y me dijo: «Qué alegría cuando me dijeron: ya se posan nuestros pies en tus puertas, Jerusalén». Después añadió: «Ofrezco mi vida por la Iglesia, por el Santo Padre y por la vida religiosa». En el momento en el que recibía la noticia dramática del cáncer, su pensamiento fue enseguida al Dicasterio que guiaba, el de los religiosos.

¿Cómo había acogido su nombramiento de prefecto?

El cardenal aceptó el nombramiento de pro-prefecto con mucho sacrificio. Tuvo que renunciar a la cercanía con su familia, dejar Argentina, su diócesis de Mar de Plata y su amado Celam (Consejo episcopal latinoamericano). Recuerdo que vivió ese nombramiento como una llamada a servir más de cerca al Papa y a la Santa Sede. Inmediatamente después de su nombramiento acudió a Pablo VI para eximirse del cargo, diciéndole que no era un religioso. El Papa le respondió que esa era la voluntad de Dios y que transmitiría a los religiosos ese espíritu y sentido de Iglesia manifestado durante los ejercicios espirituales predicados a la Curia romana. Por otro lado, había ingresado en la Tercera Orden Dominicana y esto le brindó la oportunidad de profundizar el pensamiento tomista y profundizar en la Sagrada Escritura y la teología. Del carisma de Santo Domingo aprendió a considerar la moral en términos de virtud y crecimiento de las virtudes y la inmensa alegría que brota del encuentro con Cristo, nuestra meta final. Quisiera subrayar su humildad que le permitió permanecer siempre fiel al Evangelio y no correr detrás las ideologías del momento.

¿Cuál ha sido la influencia del cardenal en la vida consagrada?

Era un sacerdote que vivía los principios del Evangelio sin condiciones, y fue por esto que su ejemplo influyó mucho en los consagrados. Notaban en él la presencia de Dios, veían un obispo que unía en sí oración y acción. Incluso sin ser un religioso, a veces escribía «nosotros religiosos». Signo de su identificación con las personas que vi-

vían la elección de la consagración. Recuerdo que cuando se presentó en la Congregación, yo estaba ya allí como oficial, confesó que había experimentado angustia por la gran responsabilidad que Pablo VI le había encomendado. Se quería apartar, ya que no era una persona consagrada, «aunque sí», dijo, «amo profundamente la vida religiosa, y siempre me ha interesado a nivel diocesano y latinoamericano».

Después de esta experiencia fue nombrado a la guía del Pontificio Consejo para los laicos...

Sí, ese nombramiento fue para él muy doloroso. Dejaba el dicasterio de los religiosos después de 9 años. En 1984, Juan Pablo II lo invitó a comer y le dijo: «Te encomiendo la parte más numerosa y más sana de la Iglesia». Ya estaba enfermo de cáncer, pero dedicó todas sus energías en este nuevo ámbito en el que fue llamado a servir a la Iglesia. Logró organizar con éxito las Jornadas mundiales de la juventud, y colaboró en la preparación del Sínodo de los obispos en 1987 sobre el tema: «Los fieles laicos: vocación y misión en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II».

Memorable es su dedicación a la Acción católica. Creía que había llegado el «momento providencial del Espíritu para una profunda renovación de su compromiso espiritual, doctrinal, apostólico y misionero». Sin embargo, en esos años, también estaba luchando contra su enfermedad. Su actitud fue la de encomendarse enteramente no sólo a Dios, sino también a María, a quien se dirigía todos los días rezando, no la tercera parte, sino todo el rosario de quince misterios. Un amor, ese por la Madre, que caracterizó toda su experiencia cristiana, hasta el punto de que quiso que le enterraran en el santuario de Luján, junto a la Virgen.

Estaba convencido de que, en el vientre virginal de María, Jesús había sido consagrado como sacerdote, así como él sentía como sacerdote este vínculo profundo con María. Creía firmemente que en la pobreza y en el silencio de María los sacerdotes encuentran el camino seguro y el ejemplo más fiel de discípula de Cristo, modelo de todo sacerdote.

¿De su ministerio pastoral en Argentina qué recuerda?

No lo acompañé en su ministerio en Argentina y en América Latina, puedo contar lo que me han contado. Vivía la teología antes incluso de estudiarla y enseñarla. Su rica experiencia pastoral lo hacía un maestro de vida cristiana. Se había formado en las Escrituras que había proyectado en el servicio eclesial. Uno de sus objetivos era precisamente ponerse al servicio de la Iglesia, como decía: «Lo único que deseo hacer es servir». Había gastado muchas energías a favor del Celam, había sido un promotor y un padre. Había vivido en primera persona la Conferencia del Celam en Medellín y se había comprometido con gran pasión a favor de la Iglesia latinoamericana. Había participado en todas las sesiones del Concilio Vaticano II y en todas

las Asambleas generales del Sínodo de los obispos, desde su institución, y en todos los Sínodos particulares y especiales hasta el Sínodo especial para América en diciembre de 1997. En 1974 predicó los Ejercicios espirituales a la Curia romana y Pablo VI lo estimó muchísimo. Su corazón siempre estaba abierto a las necesidades de los pobres, de los necesitados. Evangelización y promoción humana recomendadas por el Papa Montini fueron para Pironio un programa de vida. Su caridad pastoral no tenía límites. Al respecto, me gusta recordar las palabras del cardenal que decía: «Me llaman "profeta de la esperanza", sí, esta esperanza es mucho más fuerte en mí porque se apoya en Cristo muerto y resucitado».

¿Cuál es su herencia?

Respondo con una palabra: «¡Magnificat!». Esta es su herencia. Es el término recurrente de su Testamento espiritual que escribió el 11 de febrero de 1996, en la memoria litúrgica de la Beata Virgen María de Lourdes. Una fecha elegida no por casual-

idad, vista la gran devoción del cardenal por la Virgen. Morirá casi dos años después, el 5 de febrero de 1998.

En el Testamento subrayaba que daba gracias al Señor por su sacerdocio y afirmaba que se sentía extraordinariamente feliz de ser sacerdote. Quería transmitir esta alegría profunda a los jóvenes de hoy, como su mejor testamento y herencia. Pedía perdón, con toda el alma, por el bien que había dejado de hacer como sacerdote. Estaba plenamente convencido que quizá, muriendo, habría iniciado a ser verdaderamente útil. «Si el grano caído en tierra... muere, produce mucho fruto». Después, explicaba que su vida sacerdotal se había caracterizado siempre por tres amores y presencias: el Padre, María Santísima, la Cruz. Personalmente añadiría también la Iglesia.

Elevaba a Dios su gratitud también por el ministerio de servicio en el episcopado, explicando que había querido ser simplemente presencia de «Cristo, esperanza de la gloria». Enumeraba después los varios encargos realizados como obispo: auxi-

liar de Plata, administrador apostólico de Avellaneda, secretario general y presidente del Celam, obispo de Mar de Plata y después, por voluntad de Pablo VI, prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, y finalmente, por disposición de Juan Pablo II, presidente del Pontificio Consejo para los laicos. Decía que estaba preparado para aceptar su pobreza con alegría, deseando morir con un alma totalmente pobre.

Daba las gracias por los dos Pontífices que le habían encomendado encargos de confianza. En particular, su pensamiento se dirigía a los laicos, des de los cuales depende de forma inmediata la construcción de la «civilización del amor». Decía que les amaba muchísimo, les abrazaba y les bendecía. Después, dirigía un recuerdo también a los consagrados, declarando su amor por ellos y asegurando su oración. Nadie estaba excluido de su Testamento espiritual, que concluía encomendando a todos al corazón de María, la Virgen pobre, contemplativa y fiel.

De la Policía de Estado al convento de las Apostolinas

La pistola cargada con salvación

VALENTINA ANGELUCCI
Y GIUDITTA BONSANGUÉ

Americana de color azul, gorra con solapa lateral, cartuchera sujeta al cinturón y el lema histórico «*Sub Lege Libertas*»: esta es la imagen que viene a la mente al pensar en una mujer con el uniforme de la Policía de Estado. Y así podemos imaginarnos a Tosca Ferrante en 1989: mirada orgullosa y porte austero, pero con una luz diferente en los ojos, en los cinco años de servicio en las fuerzas policiales italianas. «En aquellos años, a pesar de la alegría, sentía una cierta inquietud respecto el futuro y seguía haciéndome preguntas sobre el sentido de la vida y cómo Dios quería compartirla conmigo», nos cuenta hablando sobre ese período particularmente intenso.

Pero desde hace unas décadas, al lema histórico de la Policía del Estado se le suma otro: «*Estar siempre*». Y es en la proximidad inherente a esta frase que Tosca Ferrante comienza a vivir su ser mujer policía de una manera diferente: «Muchos fueron los rostros de «pobres» que vi esos años: delincuentes, toxicómanos, mujeres jóvenes víctimas de la prostitución, extranjeros en espera de un permiso de residencia a menudo víctimas de estafas de autodenominados mediadores: en fin, mucha pobreza, mucho vacío y también mucha maldad». Historias que tocan, sangran, arañan. Historias que no pueden dejar indiferente. Entonces, un día, el punto de inflexión definitivo: «Un día estaba en la Comisaría de Torpignattara en Roma y me pidieron que vigilara, mientras esperaba instrucciones, a un joven menor que había cometido un robo. Estábamos en la misma sala y comencé a dialogar con él sobre los motivos de su acción (era la primera vez que cometía un delito). Recuerdo todo de ese momento: empecé a llorar diciendo que tenía miedo, lloraba amargamente, estaba asustado. Lo escuché, le entregué un pañuelo: realmente parecía indefenso. En un momento determinado, sin dejar de llorar, me dijo: «tengo miedo, ¿me puedes dar un abrazo?». Respondí «no». No podía, estaba de uniforme. Pero, en el fondo, ¿qué me había pedido? ¡Un abrazo! Un gesto que es una de las primeras formas de comunicación con el mundo: un recién nacido es puesto en brazos de la madre: es calor, es continuidad de

amor, es ternura, es cuidado. ¡Pero dije que no! De vuelta a casa, me miré en el espejo y dije: «¿en quién te estás convirtiendo?»».

Este es el comienzo de su verdadero encuentro con el Resucitado, este es su camino hacia Damasco, iniciando un serio discernimiento que la llevó a una sentencia irrevocable de su conciencia: «¡Comprendí que tenía que arriesgar el Amor!». Después de algunos años, se unió a las monjas Apostolinas del Instituto Reina de los Apóstoles donde seguía cuidando a los «pobres» que había conocido cuando llevaba el arma en el cinturón: «La transición del servicio policial a la vida religiosa no fue para mí sorprendente, fue natural: el contacto con las personas mencionadas anteriormente me hizo comprender lo que Dios quería para mí».

Sin duda un notable cambio de vida, en el que sin embargo sor Tosca logra reconocer las huellas de Aquel que la ha guiado: «En efecto, hoy, después de tantos años, reconozco el hilo rojo que ha sostenido mi vida: es el deseo de cuidar la vida de los demás, a través de la dedicación de la propia vida».

Desde pequeña sor Tosca soñaba con ser enfermera o maestra, de mayor soñaba con ser policía, ahora reconoce en su ser religioso que a todas estas llamadas les une el deseo de poner la vida a disposición de las necesidades del prójimo que vive a nuestro lado. Y de hecho hoy se ocupa de la pastoral vocacional y juvenil, además de coordinar el Servicio Regional para la protección de menores y adultos vulnerables en Toscana.

De la particular historia de esta religiosa surge un fuerte mensaje para los jóvenes de hoy, tan confundidos por la falta de puntos de referencia y asustados por la misma palabra «vocación»: «Quien nos ayudará a comprender quién estamos llamados a ser, está a nuestro alrededor, son las situaciones de la vida, es esa «estrella» que nos orienta desde fuera, nos conduce, nos guía. Creo firmemente que la vocación es algo que comprendemos mientras vivimos, mirando la realidad en la que vivimos, la pobreza que nos rodea. Para mí, al menos, fue así: encontré a Dios en el rostro y en las historias de los pobres: ¡me inclino ante ellos! ¡Y doy gracias a Dios!».

#sistersproject

La denuncia a la “sociedad del cansancio” y pide a los ancianos no buscar refugio en las brujerías de la vida

La valentía de los ancianos para sembrar hambre y sed de justicia en los jóvenes

«El conocimiento que nos exige de la moralidad, al principio parece una fuente de libertad, de energía, pero pronto se convierte en una parálisis del alma». Advirtió sobre ello el Papa Francisco en la catequesis durante la audiencia general del miércoles 25 de mayo, en la que continuó con las reflexiones sobre la vejez, y en concreto esta semana sobre el Libro de Cohélet.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En nuestra reflexión sobre la vejez —seguimos reflexionando sobre la vejez—, hoy nos confrontamos con el Libro del Eclesiastés o Cohélet, otra joya que encontramos en la Biblia. En una primera lectura este breve libro impresiona y deja desconcertado por su famoso estribillo: «Todo es vanidad», todo es vanidad: el estribillo que va y viene; todo es vanidad, todo es “niebla”, todo es “humo”, todo está “vacío”. Sorprende encontrar estas expresiones, que cuestionan el sentido de la existencia, dentro de la Sagrada Escritura. En realidad, la oscilación continua de Cohélet entre el sentido y el sinsentido es la representación irónica de un conocimiento de la vida que se desprende de la pasión por la justicia, de la que el juicio de Dios es garante. Y la conclusión del Libro indica el camino para salir de la prueba: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal» (12,13). Este es el consejo para resolver este problema.

Frente a una realidad que, en ciertos momentos, nos parece acoger todos los contrarios, reservándonos el mismo destino, que es el de acabar en la nada, el camino de la indiferencia puede parecernos también a nosotros el único remedio para una dolorosa desilusión. Preguntas como estas surgen en nosotros: ¿Acaso nuestros esfuerzos han cambiado el mundo? ¿Acaso alguien es capaz de hacer valer la diferencia entre lo justo y lo injusto? Parece que todo esto es inútil: ¿por qué hacer tantos esfuerzos? Es una especie de intuición negativa que puede presentarse en cada etapa de la vida, pero no cabe duda de que la vejez hace casi inevitable este encuentro con el desencanto. El desencanto, en la vejez, viene. Y por tanto, la resistencia de la vejez a los efectos desmorralizantes de este desencanto es decisiva: si los ancianos, que ya han visto de todo, conservan intacta su pasión por la justicia, entonces hay esperanza para el amor, y también para la fe. Y para el mundo contemporáneo se ha vuelto crucial el paso a través de esta crisis, crisis saludable, ¿por qué? Porque una cultura que presume de medir todo y manipular todo termina por producir también una desmoralización colectiva del sentido, una desmoralización del amor, una desmoralización también del bien.

Esta desmoralización nos quita el deseo de hacer. Una presunta “verdad”, que se limita a registrar el mundo, registra también su indiferencia hacia los opuestos y los entrega, sin redención, al fluir del tiempo y al destino de la nada. De esta forma —revestida de científicidad,

pero también muy insensible y muy amoral— la búsqueda moderna de la verdad se ha visto tentada a despedirse totalmente de la pasión por la justicia. Ya no cree en su destino, en su promesa, en su redención. Para nuestra cultura moderna, que al conocimiento exacto de las cosas quisiera entregar prácticamente todo, la aparición de esta nueva razón cínica —que suma conocimiento e irresponsabilidad— es un contragolpe muy duro. De hecho, el conocimiento que nos exige de la moralidad, al principio parece una fuente de libertad, de energía, pero pronto se convierte en una parálisis del alma.

Cohélet, con su ironía, desmascara esta tentación fatal de

una omnipotencia del saber —un “delirio de omnisciencia” — que genera una impotencia de la voluntad. Los monjes de la más antigua tradición cristiana habían identificado con precisión esta enfermedad del alma, que de pronto descubre la vanidad del conocimiento sin fe y sin moral, la ilusión de la verdad sin justicia. La llamaban “acedia”. Y esta es una de las tentaciones de todos, también de los ancianos, es de todos. No es simplemente pereza: no, es más. No es simplemente adesión: no. Más bien, la acedia es la rendición al conocimiento del mundo sin más pasión por la justicia y la acción consecuente.

El vacío de sentido y de fuerzas abierto por este saber, que re-

chaza toda responsabilidad ética y todo afecto por el bien real, no es inofensivo. No solamente le quita las fuerzas a la voluntad del bien: por contragolpe, abre la puerta a la agresividad de las fuerzas del mal. Son las fuerzas de una razón enloquecida, que se vuelve cínica por un exceso de ideología. De hecho, con todo nuestro progreso, con todo nuestro bienestar, nos hemos convertido verdaderamente en una “sociedad del cansancio”. Pensad un poco en esto: ¡somos la sociedad del cansancio! Teníamos que producir bienestar generalizado y toleramos un mercado sanitario científicamente selectivo. Teníamos que poner un límite infranqueable a la paz, y vemos sucesión de gue-



rras cada vez más despiadadas contra personas indefensas. La ciencia progresa, naturalmente, y es un bien. Pero la sabiduría de la vida es completamente otra cosa, y parece estancada. Finalmente, esta razón an-

afectiva e ir-responsable también quita sentido y energías al conocimiento de la verdad. No es casualidad que la nuestra sea la época de las fake news, de las supersticiones colectivas y las verdades pseudo-científicas. Es curioso: en esta cultura del saber, de conocer todas las cosas, también de la precisión del saber, se han difundido tantas brujerías, pero brujerías cultas. Es brujería con cierta cultura, pero que te lleva a una vida de superstición: por un lado, para ir adelante con inteligencia en el conocer las cosas hasta las raíces; por otro, el alma que necesita de otra cosa y toma el camino de la superstición y termina en la brujería. La vejez puede aprender de la sabiduría irónica de Cohélet el arte de sacar a la luz el engaño oculto en el delirio de una verdad de la mente desprovista de afectos por la justicia. ¡Los ancianos llenos de sabiduría y humor hacen mucho bien a los jóvenes! Los salvan de la tentación de un conocimiento del mundo triste y sin sabiduría de la vida. Y también, estos ancianos devuelven a los jóvenes a la promesa de Jesús: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5, 6). Serán ellos los que siembren hambre y sed de justicia en los jóvenes. Animo, todos nosotros ancianos: ¡ánimo y adelante! Nosotros tenemos una misión muy grande en el mundo. Pero, por favor, no hay que buscar refugio en este idealismo un poco no concreto, no real, sin raíces, digámoslo claramente: en las brujerías de la vida.

Al finalizar la catequesis, y tras saludar a los distintos grupos presentes en la plaza de San Pedro, el Pontífice lamentó la masacre ocurrida en un colegio en Texas.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que nos preserve del desencanto y nos conceda la sabiduría y el buen humor de los ancianos para no dejar nunca de trabajar por la justicia. Y también que hay un buen grupo de argentinos y en este día de la fiesta nacional de nuestra patria les envió un cordial saludo a ustedes y a todo el pueblo argentino. Dios los bendiga. Muchas gracias. Tengo el corazón desgarrado por la masacre en la escuela primaria de Texas. Rezo por los niños y adultos asesinados y por sus familias. Es hora de decir basta con la circulación indiscriminada de las armas. Trabajemos todos para que tales tragedias no vuelvan a suceder.

A 10 años del último Tedeum de Bergoglio en Buenos Aires

MARCELO FIGUEROA

Una de las ceremonias religiosas más tradicionales y esperadas en la vida cívica argentina es el Tedeum de cada 25 de mayo. Casi sin excepción, la misma se realiza en la Catedral Metropolitana asentada en la Plaza de Mayo, a metros del Cabildo de Buenos Aires, edificio histórico que fuera centro de la gesta patriótica de 1810. Se cumplen ahora diez años del último Tedeum celebrado por el cardenal Jorge M. Bergoglio - arzobispo de Buenos Aires, antes de ser ungido como Papa Francisco. Quien escribe el presente artículo estuvo presente en aquella histórica ceremonia. Como una muestra más de la apertura ecuménica y el compromiso interconfesional de Bergoglio, el cardenal invitó a ofrecer desde su mismo púlpito una oración a algunos representantes de otras confesiones de fe. Me tocó el honor y la responsabilidad de realizarla en nombre de las iglesias evangélicas o protestantes. En aquel 25 de mayo de 2012, la homilía del cardenal Bergoglio se centró en el texto del Evangelio de San Marcos 12, 28-34. He releído muchas veces esa homilía. La considero profética y desde luego histórica. No solamente para la Argentina, sino como un testimonio vigente de una voz que desde la periferia porteña, ya estaba trazando algunos hilos temáticos de su pontificado. Algunos párrafos resultan de enorme actualidad para el mundo de hoy. Me permitiré entonces, en este espacio resaltar algunos párrafos de la misma.

En su exégesis del texto bíblico Bergoglio expresó: «El Evangelio que acabamos de escuchar nos acerca a una situación de repentina pero profunda comunión de sentimientos justo en momentos en los que en torno a Jesús comenzaron a darse muchos desacuerdos en su contra: los del poder de turno, los de los religiosos y de una parte de la multitud que empieza a distanciarse o serle indiferente. Un escriba, por tanto alguien poco propenso a acordar con el Maestro de Nazareth, se le acerca con curiosidad, más intelectual e inquisidora, a probar su solidez doctrinal. Pero se lleva una sorpresa: no sólo se encuentra con un compatriota que conoce la justicia de Dios sino que además tiene un corazón noble. Se encuentra con alguien que lo invita a la plenitud: “No estás lejos del Reino de los cielos”. El potencial antagonismo se ve enaltecido al mismo nivel de hermandad por pura invitación y estima de aquel corazón noble de Jesús el Maestro, quien le ofrece la comunidad del Reino para su plenitud. Sólo la nobleza de corazón, de un corazón que no puede dejar de amar, tal como lo anuncia el mandamiento so-

bre el que dialogan, puede tender puentes y vínculos. Sólo el amor es plenamente confiable o, al decir de la Doctora del amor, Santa Teresita, “es la confianza y sólo la confianza la que deberá conducirnos al amor”».

Tomando el Evangelio, y contextualizándolo a la realidad social, el cardenal expresó: «El Evangelio hoy nos ilumina, nos recuerda el amor fundante. Un amor que exige “todo tu corazón y tu alma, tu espíritu” se arrastra pesadamente entre sus especulaciones y miedos, se siente perseguido y amenazado, necesita reforzar su poder sin parar ni medir las consecuencias... Esta “locura” del mandamiento del amor que propone el Señor y nos defiende en nuestro ser aleja también las otras “locuras” tan cotidianas que mienten y dañan y terminan impidiendo la realización del proyecto de Nación: la del relativismo y la del poder como ideología única. El relativismo que, con la excusa del respeto de las diferencias, homogeneiza en la transgresión y en la demagogia; todo lo permite para no asumir la contrariedad que exige el coraje maduro de sostener valores y principios. El relativismo es, curiosamente, absolutista y totalitario, no permite diferir del propio relativismo, en nada difiere con el “cállese” o “no te metas”. El poder como ideología única es otra mentira. Si los prejuicios ideológicos deforman la mirada sobre el prójimo y la sociedad según las propias seguridades y miedos, el poder hecho ideología única acentúa el foco persecutorio y prejuicioso de que “todas las posturas son esquemas de poder” y “todos buscan dominar sobre los otros”. De esta manera se erosiona la confianza social que, como señalé, es raíz y fruto del amor».

En aquella oportunidad, Bergoglio hizo una de las tantas referencias al cuidado de los adultos mayores, como lo viene haciendo en las últimas catequesis semanales como Sumo Pontífice. «Entonces, ante este mandamiento que pide todas nuestras fuerzas, ante este don que ayuda a fundar nuestra conciencia cívica y política más honda y que, sobre todo, pide un corazón noble, nos hará bien hoy, con coraje genuino, hacer un examen de conciencia y preguntarnos en concreto sobre una realidad cotidiana que precisamente es lo contrario al amor, es consecuencia del desamor: ¿qué nos lleva a ser cómplices, con nuestra indiferencia,

de las manifestaciones de abandono y desprecio hacia los más débiles de la sociedad?... Los ancianos son abandonados, y no sólo en la precariedad material. Son abandonados en la egoísta incapacidad de aceptar sus limitaciones que reflejan las nuestras, en los numerosos escollos que hoy deben superar para sobrevivir en una civilización que no los deja participar, opinar ni ser referentes según el modelo consumista de “sólo la juventud es aprovechable y puede gozar”. Esos ancianos que deberían ser, para la sociedad toda, la reserva sapiencial de nuestro pueblo».

Refiriéndose a la exclusión social como un vacío existencial, expresó: «¿Con qué facilidad, cuando no hay amor, se adormece la conciencia! Tal adormecimiento señala cierta narcosis del espíritu y de la vida... Las encapsulamos en el encierro narcisista y consumista. Y, a nuestros ancianos, que para este narcisismo y consumismo son material descartable, los tiramos al volquete existencial. Y así, la falta de amor instaura la “cultura del volquete”. Lo que no sirve, se tira». En referencia al equilibrio entre el poder evangélico y el servicio por el bien común y sus contradicciones en el sistema imperante, Bergoglio dijo: «Y respecto del poder: el ejercicio de buscar poder acumulativo como adrenalina es sensación de plenitud artificial hoy y autodestrucción mañana. El verdadero poder es el amor; el que potencia a los demás, el que despierta iniciativas, el que ninguna cadena puede frenar porque hasta en la cruz o en el lecho de muerte se puede amar... El Jesús débil e insignificante a los ojos de los politólogos y poderosos de la tierra revolucionó el mundo». Finalizando su homilía, y enfatizando el significado evangélico del amor, expresó: «El amor hoy nos invita a proceder sin cortoplacismos, ocupándonos de las generaciones que vienen y no entregándolas a tendencias facilistas. Nos invita a proceder sin relativismos inmaduros, displicentes y cobardes. Nos invita a proceder sin narcotizarnos frente a la realidad y sin psicología de avestruz escondiendo la cabeza ante fracasos y errores. El amor nos invita a aceptar que, en la misma debilidad, está toda la potencialidad de reconstruirnos, reconciliarnos y crecer. Lejos de ser un sentimentalismo común, y una mera impulsividad, el amor es una tarea fundamental, sublime e irremplazable que hoy se torna una necesidad para ser propuesta a una sociedad deshumanizada... Sólo la mística simple del mandamiento del amor, constante, humilde y sin pretensiones de vanidad pero con firmeza en sus convicciones y en su entrega a los demás podrá salvarnos».